

como buenas todas las reformas del siglo, tanto que puso en vigor las leyes que le habia dejado por herencia la República al retirarse hasta Paso del Norte. La forma monárquica poco les importaba, y hubieran aceptado una república que adoptase el catolicismo como religion del Estado, mas bien que un rey que se independiera de la Iglesia, ó intentara reformarla conforme á las ecsigencias de la civilizacion.

Pero faltando Maximiliano, les faltaba la bandera y un centro de union adonde concretar los elementos con que creian contar para resistir á la República vencedora: el emperador era para los conservadores un gobierno transitorio, mientras se erigia uno enteramente suyo.

Esto explica muchos de los últimos actos de los conservadores durante los postreros dias del imperio, y la marcha tan disímbola que adoptaron los imperialistas que combatian en Querétaro al lado del emperador y los que lo representaban en la capital.

Pero al lado de Maximiliano habia otra fraccion imperialista que solo cuidaba que el emperador saliera de aquella posicion con honra.

En medio de todas las intrigas que debian formarse naturalmente con el choque de intereses tan contrarios, Maximiliano no se decidia aún á tomar una resolucion definitiva.

Kératry ha pintado perfectamente esa vacilacion del ánimo del emperador: solo ha ocultado las diferencias suscitadas entre los tres representantes de la Francia, y la inteligencia en que quisieron ponerse con los que llama juaristas.

Porque los franceses llegaron hasta solicitar la defeccion de los hombres mas prominentes del partido liberal, ofreciéndoles el cebo de la presidencia de la República en cambio de hacer una nueva convencion francesa. Los interven-

tores no conocian á los hombres ni á las cosas de México, y esta fué la fuente principal de todos sus errores.

La Francia oficial lo único que anhelaba era salir de la falsa situacion en que se habia colocado, y no escusaba para lograr su objeto, ni tejer las intrigas mas impuras, ni cometer las defecciones mas insanas.

Ya no tenia esperanza en el imperio, cuya próxima muerte sabia, y con el cual habia roto enteramente, hasta el punto de que ni Castelnau, ni Bazaine, ni Danó, eran recibidos por Maximiliano.

El ministro de Francia en México habia intentado celebrar con anterioridad un último tratado con aquel gobierno moribundo, que definiera con toda claridad los derechos y las obligaciones entre las partes contratantes; pero tres veces se rompieron las negociaciones sin llegar á una solucion definitiva.

Bazaine, acusado por sus colegas de ser muy parcial con Maximiliano, y enteramente ligado á los intereses del trono, Bazaine mismo se estrelló en sus solicitudes cerca del emperador. Es que á la puerta de la alcoba imperial estaba el padre Fischer, como el guardian de aquel tesoro que solo á él era dado ver y tocar. Y nada ni nadie llegaba hasta el desgraciado príncipe, agobiado de dolor y temblando con los sacudimientos de la fiebre paludiana, sin la inspeccion del apóstata luterano.

El cancerbero con sotana fué por el contrario, muy blando con Márquez, y le permitió acercarse á su Señor, el que lo habia enviado al Asia para alejar aquella personalidad tan contraria al plan de fusion de los partidos que intentó plantear al principio de su reinado.

La vacilacion del emperador iba, pues, á terminar, porque predominaban ya los elementos conservadores, quienes debian influir en la permanencia del trono.

Bajo estos auspicios, y en medio de la ansiedad horrible

de los partidarios del imperio, se abrieron las conferencias de Orizaba.

Maximiliano, doliente, con su cuerpo postrado por el ardor de la fiebre, con su alma enagenada por el recuerdo tiernísimo de Carlota, pensando en Miramar, y profundamente herido por la traición de la Francia oficial, tenía que resolver una cuestión de vida ó muerte para su honor y salvar á la vez los intereses del partido que lo había llamado.

La resolución que tomara requería un carácter de acero para llevarla á cabo. Véamos como supo salir con su honra limpia, aunque jugando la cabeza bajo la ley republicana.

Porque aquel nieto de Carlos V no sabía gobernar, pero sabía morir.

## IV.

La suma de disgustos que pesaban sobre Maximiliano, y el anhelo de ir á Miramar á llevar algun consuelo á la desgraciada loca, lo inclinaron de una manera decidida á abdicar y partir de México.

Ademas de la carta á Bazaine que publica Kératry, escribió otras muchas á las personas que estimaba, despidiéndose de ellas. El padre Fischer retuvo estas cartas y no las dejó partir á su destino.

Los tres dignatarios franceses, Bazaine, Danó y Castelnau, habían propuesto á Maximiliano, viendo que fracasaban sus intrigas en el campo liberal, que al abdicar entregase el poder á un gobierno provisional, á un triunvirato compuesto de Lacunza, Linares y Mendez.

Entonces la alarma fué espantosa entre los conservadores, é ignorando que las autoridades francesas ni siquiera habían contado con la voluntad de los candidatos para formar la terna, creyeron que los liberales imperialistas conspiraban con los franceses á fin de que Maximiliano partiera, y que entonces permanecerían las tropas espedicionarias para apoyar aquel gobierno transitorio.

Así lo hicieron comprender al emperador, suponiendo

ademas, que la conspiracion iba hasta entregar la nacion á los Estados-Unidos.

Pero apesar de todo, el soberano activaba los preparativos de su viage: entónces los conservadores que lo rodeaban, le indicaron que resignase el poder en la persona que eligieran los altos cuerpos del Estado.

Maximiliano quiso oír la opinion de Scarlet, ministro plenipotenciario de la Gran Bretaña, que cruzaba por Orizaba. El diplomático inglés estuvo de acuerdo con el parecer de los favoritos, aunque repugnaba la abdicacion como contraria á la dignidad del emperador.

Este entónces tomó un partido.

El dia 19 de Noviembre puso un telégrama á Lares, presidente del Consejo de ministros, previniéndole que el ministerio y el Consejo de Estado se trasladaran inmediatamente cerca de él, para resolver puntos de vital importancia.

Al dia siguiente, Maximiliano hizo partir el resto de su equipaje para Paso del Macho.

Luego que se conoció en México el telégrama imperial, se reunió el Consejo en la casa núm. 9 de la calle del Seminario, para organizar la partida, la cual se efectuó el dia 22, llegando á Orizaba en la noche del 23 los consejeros que obsequiaron el llamado del emperador.

Al dia siguiente se participó al emperador la llegada de los dos cuerpos de Estado, y el dia 25 se abrieron las conferencias, en el salon de la misma casa de Bringas, adonde estaba alojado Maximiliano.

La sesion se abrió á las diez de la mañana.

El soberano presidia la reunion. Estaba en pié, vestido con sencillez, y sin llevar condecoracion alguna.

Despues de saludar á los presentes, con su voz sonora y ligeramente nasal, temblando de emocion, pronunció las siguientes palabras, que debe recoger la historia

“Señores:

“Yo no soy el que era: la Providencia ha querido experimentarme con crueles dolores, tanto físicos como morales; por otra parte, el emperador de los franceses, de acuerdo con la República del Norte, ha dispuesto retirar su ejército del país y su apoyo á mi gobierno, apesar de los solemnes tratados que existen. En tan críticas circunstancias, yo no he querido tomar resolucion alguna, sin que ántes deliberen mis consejeros, que son tan ilustrados y que me han sido tan fieles. De esto tengo un nuevo testimonio al ver la solicitud con que vdes. han ocurrido á mi llamamiento: yo me felicito de ver á vdes. á mi lado, y les doy las gracias por las molestias que se han tomado al satisfacer mis indicaciones. Bien habria querido ir á México para tratar con vdes. de los puntos que han motivado mi resolucion; mas por una parte mis enfermedades me impiden hacer un viaje por el momento, y por otra, deseo que la deliberacion de vdes. sea enteramente independiente del influjo francés.”

Yo he escusado hasta ahora insertar en mi pequeña obra, documento alguno que rompiera la unidad del relato y la uniformidad del estilo.

Pero esas cortas frases del emperador enteramente auténticas, aunque inéditas, retratan con tristes líneas el estado moral de Maximiliano.

¿Era aquello el estilo de un emperador?

Aquel soberano, disculpándose de no haber ido á México á hablar con sus consejeros, y de haber tenido que llamarlos por el estado de su salud y por no encontrarse con los franceses: aquel rey postrado y cortés como un palaciego, distaba mucho del soñador de Caserta, del ambicioso jóven, blandiendo la espada de su abuelo Carlos V, y del héroe, muriendo con tanto valor en el cerro de las Campanas.

Pero seguiré mi narracion

Después de su pequeño discurso saludó Maximiliano personalmente á cada uno de los consejeros, y al hablar de la situacion de la emperatriz sus ojos se llenaron de lágrimas.

El emperador se retiró á las habitaciones interiores, y el Consejo quedó instalado.

En la tarde de ese dia continuó la sesion.

En ella, después de nombrarse las comisiones respectivas, se comunicó á los consejeros una carta del emperador dirigida al presidente del Consejo de ministros.

Desgraciadamente no tengo espacio adonde insertar documentos tan preciosos para la historia de México, y me conformo con dar un extracto de ellos, procurando no omitir nada importante y respondiendo de su autenticidad.

Maximiliano decia en esa carta á Lares, que la gravedad de la situacion lo obligaba á llamar á sus consejeros natos, á fin de encontrar con sus luces una solucion á la crisis presente. Que cumpliendo con un penoso deber, creia el emperador, que debía devolver á la nacion mexicana el poder que de ella recibió, y que esa determinacion la causaban la prolongacion de la guerra civil, la actitud de los Estados-Unidos, y el hecho de que sus aliados no solo no podian continuar prestando sus auxilios al imperio, sino que los representantes de la Francia le habian hecho saber que Napoleon negociaba con los Estados-Unidos, asegurar una mediacion franco-americana para consolidar la paz, para la cual se consideraba como indispensable que el gobierno que se estableciera en México tuviera la forma republicana.

Para la realizacion de ese proyecto, continuaba Maximiliano, y considerando que la Providencia se habia servido quebrantar su felicidad doméstica, agoviando su vigor y sus fuerzas, no vacilaba en hacer cualquier sacrificio, á cuyo fin consultaba á los presentes.

¡Pobre rey! Esa alma tan noble pero tan débil, no era

la mas apropósito para regir los destinos de un pueblo tempestuoso como México.

¡Y la Francia, mas bien dicho sus representantes, tenian el valor de hacer semejante confesion al emperador que ella habia elevado!

Aquella tristísima carta pasó á la comision de gobernacion.

Entónces manifestó el presidente del Consejo de ministros, que la nota de los representantes de la Francia no tenia el carácter oficial; y que los mismos le habian manifestado que deseaban devolver al gobierno imperial los elementos mexicanos de guerra, á fin de que pudiera sostenerse después de la retirada del ejército francés.

E interpelado el presidente del Consejo por el de la comision, dijo que el soberano no habia tomado resolucion alguna irrevocable sobre abdicar ó no.

El dia siguiente, 25 de Noviembre, volvieron á reunirse los consejeros, y la comision dió cuenta con su dictámen. Esta pieza es notable por su laconismo y su vaciedad. Después de la fórmula introductiva, la comision consultaba, que el remedio que proponia Maximiliano traeria consecuencias funestas: que la Nacion no le retiraba el poder que le habia confiado: que las causales que esponia el soberano no parecian suficientes á la comision, la cual, por razon de decoro, no consideraba la que se relacionaba á la actitud hostil de los Estados-Unidos, porque *México jamás consentiria en que otros que no fueran sus hijos, establecieran y determinaran la forma de su gobierno.* Decia ademas el dictámen, que se contaba con recursos suficientes para defenderse, y que en tal virtud proponia que se suplicara al emperador que no abdicara por ahora.

He subrayado una frase de ese dictámen, para que el lector admire como yo, esa tranquilidad con que decian que repugnaban una intervencion extranjera los que estaban allí por la voluntad de la Francia.

Continúo mi labor.

Al momento se tomó en consideracion aquel dictámen, que era inspiracion del ministerio conservador.

La oposicion liberal que habia en aquel cuerpo colegiado lo atacó vivamente. Uno de los consejeros preguntó á los ministros con qué recursos contaban para luchar con el numeroso ejército republicano. El gabinete contestó entónces que podia disponerse de quince millones de pesos anuales, con los cuales se podian sostener treinta mil hombres, de los cuales habia ya diez y ocho mil sobre las armas: la comision agregó ademas, que no habia tenido presentes estas cifras para fundarse, sino que solo buscaba un medio para que el cambio que debia efectuarse no tuviera lugar de una manera tan brusca.

¡Siempre el egoismo resaltando en la obra conservadora!

Esos hombres aconsejaban la lucha y la continuacion de la sangre, cuando no tenian fé en el éxito.

Naturalmente que tan paladina confesion debió ser mal recibida. Los consejeros que con lealtad amaban al príncipe, reprocharon á la comision que intentara detener al soberano para que sirviera de salvaguardia de las personas comprometidas: y aconsejaban que se le hablase con franqueza, esponiéndole que no habia elementos suficientes para combatir; y sobre todo que el emperador no consultaba sobre si debia abdicar ó no, sino sobre el gobierno que debia sustituirlo, recordando siempre que los franceses no retardarian por nada su partida, ni suministrarían sus recursos de guerra al imperio.

El ministerio y la comision contestaron venalidades: que los franceses no se retirarian pronto, ni se llevarian los elementos de guerra; que con ellos el gobierno se hacia respetar de sus enemigos, y que era indispensable que Maximiliano permaneciese en el puesto, por algun tiempo siquiera,

para que México fuera considerado como parte en los tratados que se anunciaban.

Como alguno habia hecho presente que no convenia al decoro del emperador que bajo su nombre se cometieran las esacciones que han tenido lugar en las guerras intestinas del país, el ministerio protestó que aquello no aceceria, atendiendo al conocido carácter de Maximiliano.

La historia de las crueldades cometidas en Querétaro y en México sitiados, desmienten la confianza que los ministros tenian en su Señor.

En suma, la discusion entre los miembros de los consejos, se hizo violenta y poco persuasiva, sin que se llegara á un resultado satisfactorio.

Pero aquello me parece muy natural, y comprendo admirablemente que la cuestion propuesta no era fácil de resolverse.

Yo juzgo á esos hombres sin espíritu de partido, y adivino la situacion en que se hallaban colocados: por eso los disculpo.

Los imperialistas ante la ley son traidores; pero ante la historia pueden demostrar con pruebas irrecusables, que jamás se ligaron al ejército intervencionista. Los conservadores vieron en los franceses á los verdaderos restauradores de la reforma que tanto habian atacado. Los liberales, desde que ingresaron á los consejos de Maximiliano, habian llevado una política anti-francesa, pugnando abiertamente con los representantes de la Francia.

Así es que al tener en sus manos la solucion de aquel terrible problema, fueron perfectamente lógicos en sus opiniones y en su voto.

Si los reaccionarios por el egoismo de no querer quedarse sin bandera, detenia al emperador; si los liberales pretendian lo mismo por no quedar sin apoyo, puesto que ya

no cabian con la República ni con el clero, esas son las debilidades inevitables del corazón humano.

Pero yo que afortunadamente no pertenezco á uno ni á otro bando, y que solo he creído y creo en la legitimidad de la República, yo disculpo el voto que emitieron ambas fracciones, porque dada aquella crisis, no habia mas que exigir la permanencia de Maximiliano en México: las razones son muy óbvias.

La abdicación de Maximiliano no cortaba la guerra civil, porque vivo el príncipe, podía pensar de nuevo alguna vez en recobrar el trono perdido, y su nombre sería siempre una bandera para los partidarios, lo cual comprometería constantemente la paz de la nación.

Pero sobre todo, habia una razón suprema y que se destacaba pulverizando todas las que se le opusieran en contra: era la razón de la honra. Maximiliano, huyendo entre los equipajes del ejército francés, quedaba deshonrado para siempre: porque ya empeñado en esa insensata aventura, no le quedaba mas que una de tres salidas: ó morir combatiendo, ó triunfar, ó..... el cerro de las Campanas.

Llegó al fin la hora de la votación.

El artículo único del dictámen que iba á votarse, estaba redactado en estos términos:

—“No son bastantes las causas que se esponen para abdicar el poder, y en consecuencia, se suplica á S. M., se sirva prescindir *por ahora* del pensamiento que contiene su carta, sobre renuncia del mando.”

Diez y nueve dignatarios estaban presentes: de ellos, diez votaron á favor del dictámen, y nueve en contra.

Hay que advertir, que los nueve opositores pertenecian á la fracción progresista; algunos de ellos opinaban por la abdicación, pero se reservaban este juicio temiendo que se les creyera complicados en la intriga francesa, puesto que sus nombres figuraban en la combinación hecha por los re-

presentantes de la Francia, aunque no se habia contado para ello con su aquiescencia.

Pero los nueve explicaron su voto formulándolo de esta manera:

.....“hemos votado en contra del dictámen de la comisión..... porque la redacción de que en él se usa, no expresa neta y francamente nuestro parecer, el cual se reduce á lo siguiente:—Suplicamos á S. M. que no abdique, y que revistiéndose de energía, luche sin descanso en beneficio de nuestra patria, para lo cual cuenta con nuestra débil pero muy leal cooperación; mas si sus graves pesares ú otras causas que ignoramos, lo impulsaran á tomar tan funesta resolución, no lo haga sin haber asegurado antes la independencia de México, la integridad del territorio nacional, y los intereses mexicanos creados por el imperio.”

A este voto lo acompañaba una carta suplicativa, la que tambien voy á extractar, porque levanta el velo que cubrió aquella escena sombría, dejando espuestas á la luz de la historia la división que reinaba entre los altos funcionarios del imperio, y las poridades que se pronunciaban en aquella lucha de afectos y de intereses.

Los signatarios de dicho documento esponian á Maximiliano que desde la primera sesión en que se manifestó á los consejos su carta, el presidente del de ministros con su informe echó por tierra las causales que esponia el emperador para abdicar; pero los infrascriptos habian dado crédito solo á este.

Y creian, como el soberano, que era imposible consolidar el trono, y que la lucha que se emprendiera sería contraria á los sentimientos humanitarios de la Magestad. En suma, disentan de la comisión que con tan poca lealtad exigia de él que no abdicara por ahora, hasta que se fueran los franceses y se recobraran los elementos de guerra me-

xicanos de que se habian apoderado, sirviéndose así del imperio, como de un medio para satisfacer sus rencores de partido: y por tanto, habian emitido su voto bajo la siguiente fórmula:

“Subsistencia del imperio en sentido absoluto.”

“Resignacion del poder si á este precio creia Maximiliano que podia afianzar la paz, la independencia y los intereses mexicanos, creados con la ereccion del trono.”

Como se vé, aunque por distintos medios, todos iban á una conclusion idéntica, la permanencia en México de Maximiliano.

Al terminar la sesion del dia 25, entraban á Orizaba los equipajes de Maximiliano que este habia hecho que volvieran, cuando iban ya en camino para Veracruz.

¿Qué significaba aquello? Cuando se dió la contraórden para hacer retroceder el convoy, el emperador no podia conocer el resultado de la sesion, puesto que ni aun se tomaba resolucion alguna. Y sin embargo, aquella medida revelaba que tenia ya una determinacion tomada, y que esa era quedarse.

Algunos, y entre ellos Kératry, atribuyen ese cambio en las intenciones del príncipe, á una carta de 17 de Setiembre de Eloin, y que existe inserta en la obra del escritor breton: otros hablan de una carta de la archiduquesa Sofía, madre de Maximiliano, en la cual le suplicaba no abdicase.

Siempre las mismas vacilaciones, los mismos actos llenos de duda, de indecision y de sombras.

Porque aun despues de conocer la oposicion de sus ministros y de sus consejeros, todavía dirigió una nueva carta á Lares, previniéndole que consultasen los consejos sobre la solucion práctica de las medidas que indicaba, antes de resolverse de conformidad con lo resuelto.

Es decir, que todavía se pronunciaba su carácter vacilante.

Quería que el consejo de Estado le propusiese una ley de convocatoria para reunir un congreso nacional, una ley hacendaria, otra de reclutamiento para el ejército, otra de colonizacion, y que le indicase además las medidas prácticas mas convenientes para terminar un arreglo con la Francia y asegurarse la buena voluntad de los Estados-Unidos.

Los ministros y los consejeros volvian á reunirse con tal motivo; pero esa junta tambien fué inútil. La comision dictaminó que no era posible formular en un tiempo tan perentorio, leyes tan importantes; pero que á su tiempo se tomarian en consideracion.

Entonces habia veinte dignatarios en la junta: volvió la division entre ellos, y diez votaron en pro del dictámen y diez en contra: decidió el presidente con su voto de calidad, á favor de la comision.

Los que habian opinado por la negativa tomaron á dirigirse á Maximiliano, manifestándole que en su juicio la comision debió encargarse de proponer, aunque fuera en tésis general, las medidas prácticas del programa del gobierno, ó indicar á este al ménos el parecer de los consejeros sobre la posibilidad, oportunidad y eficacia de las medidas indicadas.

Pero todo fué inútil: el imperio perdia miserablemente las pocas horas que le quedaban de existencia.

Tornó á reunirse el consejo otra vez, y á esta sesion concurrió Maximiliano para darles las gracias por sus trabajos.

El dia 2 de Diciembre volvieron todos á México.

Las conferencias de Orizaba habian concluido: qué habia resultado de ellas?

La *Estafeta* de aquellos días lo dijo con aquel brillante estilo que sabía emplear Barres aun para sostener las peores causas. Al saberse la determinación tomada por Maximiliano de continuar en el poder, el periódico francés, órgano de la política francesa, publicó un magnífico artículo dirigido á Maximiliano, en el cual se le enseñaba el abismo adonde iba á precipitarse.—“Sire, decía Barres, no arrastreis vuestro manto imperial en el fango y en la sangre.”

Y esto era una terrible profecía: el joven austriaco, tan generoso y humanitario, trocó su cetro por la espada del aventurero, y se puso á la cabeza de una facción asumiendo la responsabilidad de cuantos delitos esta cometiera.

Maximiliano tornó á México mas tarde.

Allí, apesar de su aislamiento, pudo sorprender algo de la verdadera situación, sin el ropaje con que se la disfrazaban los que lo rodeaban.

Lo primero que pudo apreciar fué el desconcierto de los suyos.

Los desastres militares habian reducido á un número muy corto las ciudades que le pertenecian, porque conforme fueron concentrándose las fuerzas francesas, los liberales ocuparon los lugares abandonados unas veces por los imperialistas y otras conquistados por la fuerza de las armas.

Después de la derrota de Mejía, quien hacia tiempo que habia llegado á la capital solo, las tropas imperiales perdieron la fé y la moral: solo Mendez sostenia en Michoacan la campaña con un poco de éxito.

Las fuerzas del gobierno constitucional, por el contrario, cada día aumentaban en número y en disciplina. Tenian la mejor de las escuelas, la de la guerra: á los franceses les tocó tambien sufrir la triste experiencia de ello.

En Sinaloa habia hecho Corona una campaña tan larga como brillante, batiendo siempre á Lozada, y sin que pu-

dieran vencerlo jamás los franceses, hostilizándolos día á día con éxito, y obligándolos al fin á encerrarse á Mazatlan.

Lozada al fin se remontó á sus montañas de Alica, y cuando pasaban los sucesos que acabo de enarrar ya se habia declarado neutral.

A la hora de la evacuación del puerto, los franceses no pudieron efectuarla sino con el permiso del general Corona. Kératry olvidó enarrar este hecho en la hoja de servicios del mariscal Bazaine, y en esa bella página militar de la retirada, como dice el correcto escritor, adonde no se lee un solo desastre.

La insurrección era, pues, terrible, y los enemigos armados del imperio pululaban por todas partes ahogando con su número á los imperiales.

Esto y la poca fé que se tenia en el porvenir, hacia que la defección aclarara de tal suerte las filas de los imperiales de pluma y bufete, que muy pronto se notó que el partido monarquista quedaba reducido á un décimo de su personal.

Todos los comprometidos que tuvieron posibilidad de escapar, se apresuraron á abandonar á su soberano, y marcharon con las primeras columnas francesas que se dirigieron á Veracruz.

Lo mismo los que habian firmado el decreto de 3 de Octubre que los que habian cometido el pecado venial de poner un escudo de nobleza en la portezuela de su carruaje ó que asistieron á un baile de palacio; todos los que se sentian con la conciencia muy manchada para presentarse á la república ó los muy pacatos, hicieron sus preparativos para irse á Europa.

Estas deserciones que Maximiliano permitió sonriéndose de compasión, lo hicieron meditar de nuevo. Esto y la carta de Eloin que le inspiró casi todo su programa de gobierno para cuando se retirara la expedición, lo hicieron volver á su idea fija de convocar un Congreso nacional.

El día 10 de Enero de 1867 hizo llamar á Bazaine á la hacienda de la Teja, adonde estaba alojado el emperador.

Kératry dá el extracto de lo que se habló en esa conferencia: de ella resultó que el día 14 se efectuase una junta en el palacio de México. A ella debieron concurrir Maximiliano y Bazaine: el primero faltó por influencias de los conservadores, que temieron vacilara el soberano y abdicase, según el consejo de Bazaine. Este leyó un informe que ya conocen mis lectores, lo mismo que la acta de toda la sesión y la votación de los treinta y ocho personajes presentes.

Allí tuvo el sentimiento el mariscal de oír que le dirijian las siguientes palabras, que en una situación análoga se habían lanzado á otro general francés que intervenia con sus tropas en Italia:—"Poco habeis hecho por la religión, muy poco por la monarquía, y absolutamente nada por vuestra honra. ¡Idos!"

—Esto no hace al caso, se limitó á contestar Bazaine, y continuó hablando de otras materias.

La mayoría votó por la permanencia del imperio con diez y siete votos, siete votaron por la abdicación y nueve se abstuvieron de emitir su juicio.

En un pueblo de siete millones de habitantes ¿qué importaba el parecer de diez y siete personajes, por mas elevada que fuera su categoría social? Era esto el plebiscito que buscaba Maximiliano? ¿Podia este escrutinio, sin mayoría absoluta, tranquilizar la conciencia política del emperador, que desconfiaba ya de la legitimidad de sus títulos?

Esta inconsecuencia era lógica en un príncipe que imbuido en la religión del derecho divino andaba buscando para instituirlo el sufragio del pueblo que mandaba. Esa abjuración de los principios dinásticos lo llevó á la sala de profundis del convento de Capuchinas de Querétaro.

Por fin el día 5 de Febrero de 1867 salió Bazaine de Mé-

xico con sus tropas, acampando en los alrededores; al día siguiente emprendieron todos su marcha para Puebla.

Allí iban en el convoy infinitos emigrados mexicanos y franceses, empleados, ex-ministros, generales, propietarios, todos, en fin, los que temblaban ante la república vencedora.

Maximiliano se quedaba solo á luchar. Algunos pocos lo acompañaban á la hora de su mala fortuna, así como habían participado de su prosperidad. En esto habia parte de lealtad y parte de impotencia de espatriarse por falta de recursos.

La retirada de la última columna se hizo muy lentamente.

El día 10 y 11 permaneció el mariscal en Puebla.

El 14 supo la derrota de San Jacinto, y mandó á Castagny escribiera á Danó, indicándole que insistiera en la abdicación de Maximiliano.

El día 18 llegó á Orizaba, y permaneció allí hasta terminar el mes de Febrero.

El 2 de Marzo continuó en marcha para Veracruz, embarcándose por fin el día 8 de este mes.

No olvide el lector que la legion extranjera y los belgas habían partido con los primeros cuerpos del ejército francés.

La bandera francesa se alejaba definitivamente de México. El ejército intervencionista de Napoleon III se retiraba precipitadamente por no empeñarse en un conflicto americano.

¿Qué habia obtenido?—Que se pagara el crédito del suizo Jecker.

¿Qué dejaba en México?—El recuerdo de la rotura de los tratados de la Soledad; la fecha del 5 de Mayo; el suelo regado de cadáveres, y la memoria de su violación del tratado de Miramar.

El trono que debia de servir de arca de salvación á la ra-

za latina, iba á convertirse muy pronto en un cadalso, como por una mágia teatral, pero terrible en su realidad.

Maximiliano se sintió entonces soberano: ya no tenia encima ese Mefistófeles que se decia su aliado, y creyéndose ya emperador de veras, se lanzó á la lucha con un puñado de hombres.

Era la última ilusion del rey caballero; era su último sueño de gloria, del cual debia despertarlo el tañido de la campana de Capuchinas, tocando la rogativa de agonías, cuando marchara á ser fusilado.

Entretanto, la pobre loca de Miramar buscaba en las tranquilas aguas que rodeaban el castillo la imágen de su Max, cuyo nombre jamás pronunciaba, pero á quien veia acaso entre la nube sombría que ofuscaba su razon.

El ejército francés regresó á Francia sin recibir una ovacion ni una corona á su llegada. Fué la única espresion del rubor oficial, que no quiso se volviera á mencionar siquiera la empresa de México.

Habia concluido llena de mengua la obra mas grande del reinado de Napoleon III.

## TERCERA PARTE.

### LA REPUBLICA.

#### I.

El dia 13 de Febrero de 1867 salió Maximiliano de la capital de su imperio para la ciudad de Querétaro.

El número trece era de mal agüero para el archiduque: esa cifra venia presidiendo con sus líneas de fuego su fatal destino y fechando los dias tristemente memorables de su dolorosa historia.

Á su lado, y con un alto carácter, iba Márquez. Ambos llevaban las mejores tropas que se pudieron organizar.

Pero faltaba el dinero, el nervio de la guerra como han dicho muchos, el alma del mundo, como digo yo.

¿Qué se habian hecho los once millones que ofreció el ministerio en las sesiones de Orizaba y México?

¿Adónde estaban los veinte y cinco millones que habia ofrecido el padre Fischer á nombre del partido clerical?

Todo aquel espejismo que habia logrado producir el par-

tido conservador con la bruma de su pasión, se había desvanecido á los ojos del archiduque cuando vió la realidad.

De aquellos tesoros que el confesor del rey ofreció á este, mintiéndole que poseía el *sésamo* árabe para penetrar á las cajas ocultas del clero, solo quedó un préstamo ó contribucion forzosa, que impuso el ministro de hacienda imperial, siguiendo el sistema financiero tan conocido de los gobiernos en conflicto, del uno y el dos por ciento, *ad libitum*, impuesto á los capitales. Como se vé, la idea no era nueva en el país, y tan sencilla, que recordaba la fábula del huevo de Colon. Así habían administrado ya los ministros de la reaccion, é Higinio Núñez.

En cuanto á las tropas, no han de haber inspirado grande entusiasmo á Maximiliano aquellas bandas de partidarios, vestidas de harapos de todos colores, y mandadas por cuadros de oficiales cuyos empleos había hecho retrogradar el mismo imperio en la calificación, y de los cuales muchos de ellos se habían envejecido sufriendo derrotas de los liberales.

El elemento extranjero era tan corto y tan mal organizado, que mas bien sirvió durante aquella campaña, tan rápida como desastrosa, como un elemento de division y discordia entre las tropas imperiales.

Los *cazadores*, de que con tanto laudo habla Kératry, ¿sabe el lector, lo que eran los cazadores?

Si me fuera posible publicar el reglamento que sirvió para su organizacion, se admirarian los hombres ilustrados y de conciencia al ver cómo entendian el respeto á la propiedad y al individuo los gefes franceses.

Encargados estos de organizar los *cazadores*, sobre el cuadro francés hicieron ingresar soldados indígenas: estos tenian que darlos los hacendados, proporcionalmente al tamaño de su finca, y respondian de su honradez, y de su fidelidad á su bandera. Si desertaban, el propietario que había ministra-

do el reemplazo tenia que dar otro, y ademas debía pagar una cantidad de dinero por el desertor y el valor del vestuario ó arma que hubiere estraviado. Y esto se realizó bajo la presión del ejército civilizador que venia á intervenirnos, y con la complicidad de un gobierno que traía por lema "*la equidad en la justicia.*"

Pues bien, el que conozca el país comprenderá que era imposible llevar á cabo ese plan, y después de estorcionar á los propietarios, se permitió á estos escluirse de aquella obligacion pagando una cantidad fija de dinero por cada reemplazo que se les asignara. Y se recurrió al fácil sistema de la leva para formar los cuerpos de cazadores.

Como es fácil comprender, no era posible obtener una buena disciplina en aquellos batallones formados con elementos tan disímolos. Los franceses que estaban filiados en ellos, rotos los lazos de su nacionalidad en virtud de la declaracion hecha por Bazaine al partir, sentian poca estimacion hácia sus compañeros de armas. Los mexicanos no sufrían la nueva disciplina á que se les sujetaba, y humillaba su orgullo la *raçion* que se les repartía en cambio del prest.

Y estos batallones eran los mejores del ejército imperial: sin embargo, á la hora del conflicto supieron batirse como leones acorralados.

Hé aquí una evaluacion delineada del poder material que quedaba al soberano al abrir aquella desesperada campaña.

---

Poco emperador debe haberse sentido en aquellos momentos el archiduque.

El partido conservador se aliaba con él como un compañero de armas, no como una masa de súbditos peleando por su Señor. Este y aquel iban á jugar en el mismo tablero, pero cada quien empeñaba su interés propio.

La posición de Maximiliano no era más respetable ante las otras naciones de lo que lo era en la que había adoptado.

Un episodio muy poco ó casi nada conocido en el país, revela muy bien la actitud de las potencias europeas respecto al imperio.

Un día, antes de que partiera el emperador para Querétaro, y con motivo sin duda de haberse sabido la derrota de San Jacinto, Lares, presidente del consejo, reunió á los ministros de las naciones de Europa para consultarles respecto á la abdicación.

¿Recuerdan mis lectores á Lares? Era un hombre de una talla regular, excesivamente delgado, blanco, y de maneras muy pausadas y lentas. Su rostro, completamente razurado, anguloso y aplastado en su diámetro perpendicular, daba la idea de un cráneo humano sobre el cual se hubiera restirado fuertemente una piel húmeda: allí apenas se veían dos ojos pequeños, redondos y sin expresión, que se ocultaban detrás de unos lentes que no necesitaban; lentes que apenas se sostenían en una nariz problemática, invisible, sin cartílagos, y que recordaba la prominencia huesosa de una calavera.

Veletudinario, siempre arrastrando penosamente su cuerpo enfermiso y agotado por la consunción, tenía sin embargo una fuerza de voluntad que admiraba, y que traía á la memoria la eterna agonía del cardenal Montalto antes de ser Sixto V.

Lares, exhalando siempre el alma, era por su actividad y su energía una de las lumbreras del partido conservador. Si al comenzar su carrera, apareció filiado con los liberales, desde que ingresó al bando del clero, le fué leal hasta la muerte: también la reacción le abrió las puertas doradas de la ambición, brindándole con las dignidades más altas que podía desear.

Pero jamás abusó de su posición: era un hombre escesi-

vamente honrado; yo que respetaba su inteligencia y su profunda instrucción, he presenciado sus últimos momentos, y lo ví morir pobre, oscuro y casi olvidado; él, que había tenido en sus manos la suerte de un imperio, fué enterado humildemente y sin pompa en una fosa abierta en la tierra, respetando su postrera voluntad. Es que en aquel abogado que fué la honra del foro mexicano, había mucho del cartujo.

Vuelvo á mi narración.

Los ministros acreditados cerca de Maximiliano, obsequiando la invitación de Lares, concurrieron á la cita.

El funcionario imperial, con todo su artificioso candor, les espuso el objeto de aquella reunión, manifestándoles que deseaba conocer su juicio respecto á la retirada del soberano del poder.

Los diplomáticos se alarmaron al escuchar aquella imprudente interrogación.

Cuando Lares me enarró este episodio, sonreía aún al recordar los semblantes de sus interlocutores, y me los comparaba á un grupo de liebres que escucharan una detonación de fusil.

Pero era preciso contestar.

El ministro inglés fué el primero que hizo uso de la palabra: era Mr. Middleton sucesor de Scarlett, no tan hábil, pero tan hostil como este á la política francesa. Con todo su desden inglés contestó que desconocía el carácter del Sr. Lares, y que solo debía comunicarse con el ministro de relaciones exteriores.

Hoorickx, ministro belga, contestó á su vez que no le era posible emitir públicamente su juicio, pero que en una conferencia reservada lo espondría al mismo emperador, si este le hacía la honra de interpelarlo.

El ministro de Francia, que era el más embarazado en

aquella situacion, se limitó á decir que el emperador conocia bastante su modo de pensar.

Lago, el embajador de Austria, satisfizo la pregunta de Lares, diciendo pomposamente, que siendo aquella una cuestión de dignidad, solo podia decidirla el interesado.

Llegó su vez al embajador español.

D'Hericault, que tambien describe en su obra sobre el imperio esta escena cuyos detalles no sé como haya podido adquirir, dice de este ministro que era un viejo alegre que conocia á México y á los mexicanos, como á las cuentas de su rosario: esa pretension la han tenido todos los extranjeros, y este es el principal origen de sus faltas y de sus errores.

Sea lo que fuere, d'Héricault pinta el diálogo que pasó entre Lares y el diplomático con entera inexactitud, porque dá á ambos un lenguaje muy indigno de su alto carácter, y de la situacion en que se encontraban.

Hé aquí lo que realmente pasó.

—Señor, dijo á Lares, seamos francos: ¿de cuantos hombres y de quanto dinero dispone el imperio?

—Tenemos, contestó el presidente del consejo, cuarenta mil soldados y veinte millones de pesos.

—Creo, insistió el ministro español, que el gobierno imperial sufre en estas cifras un error lamentable: si el emperador conoce sus intereses y los de este país, debe retirarse.

La reunion se disolvió.

No quedaba, pues, esperanza alguna á Maximiliano. Su honor empeñado imprudentemente en aquella lucha, era lo único que lo mantenía en el puesto.

Y aun en esto era culpable la Francia oficial, porque sin su insistencia en arrancar del trono á su aliado, este pudo haber hecho dimision del poder confesando que habia errado, y que no queria usurpar un trono contra la voluntad

nacional. En esto no habia deshonra, sino una lealtad que eleva. ¿Pero huir impulsado por los sucesores de Saligny? ¿Arrojar el cetro y el manto imperial y desertar del puesto para diluir algo la mengua de la defeccion francesa? Esto era indigno, y desde el momento en que Napoleon lo exigia, era preciso empeñarse en la empresa para no aparecer como el manequí de aquel capricho imperial.

Dias antes de partir para Querétaro, Maximiliano virtió una frase que revela el estado de irritacion de su ánimo, y el principal motivo de su decision.

—Es preciso, dijo á alguno, que yo luche, aunque tenga que sucumbir, siquiera para probar que he podido sostenerme aquí durante algunas semanas mas que la Francia.

Continuar en efecto la lucha que habian escusado los franceses, era halagador.

Bajo estos auspicios se lanzaba el emperador á la pelea, solo, con partidarios que mas combatian por su causa propia que por la del imperio, sin apoyo en el exterior, y rodeado por el desaliento y la defeccion. Recuérdese que en la última junta del dia 14 de Enero de 1867, los obispos presentes habian declarado que su carácter sacerdotal no les permitia emitir su juicio en un negocio en el cual iba á derramarse sangre.—Si no estuviera tan repetido el *risum teneatis* de Horacio, yo lo repetiria ahora con toda oportunidad.

Pero ya he disertado bastante: torno, pues, á mi narracion.

A tres leguas y media de la capital, en la Lechería, apenas encontró Maximiliano la primera guerrilla: apesar de sus cinco mil hombres mandados por el terrible Márquez, cien caballos atacaron la vanguardia del ejército imperial.

Maximiliano no solo estuvo sereno en medio del fuego,

sino que se lanzó sobre el enemigo: este se retiró despues de sostener por algunas horas el vigor de la escaramuza, sin pérdida de importancia, y en buen orden.

En Calpulalpam se repitió la escena: dos veces los guerrilleros se arrojaron sobre los flancos del ejército. Es cierto que tambien se retiraron, pero aquello debió haber hecho meditar al emperador, porque indicaba que se respetaban muy poco sus tropas: las guerrillas no podian tener la pretension de derrotar á aquel ejército, solo querian hostilizarlo, y á pesar de su inmensa superioridad numérica, iban á desafiarlo: esto hablaba muy alto acerca de la moralidad de unos y otros.

El día 17 de Febrero llegaron las fuerzas á San Juan del Rio: allí espidió Maximiliano su célebre manifiesto, haciendo saber al país, que en virtud de su postrera determinacion, se ponía al frente de su ejército. Se detuvo dos dias, y el 19 hizo su entrada solemne á Querétaro.

Cuantos me han precedido en este camino contando como yo la historia del imperio, han hablado del entusiasmo con que fué recibido Maximiliano en Querétaro. El hecho no vale la pena de rectificarse. Me limitaré solo á decir que no es cierto: en una poblacion tan corta como aquella, la recepcion oficial era bastante para llenar sus calles con el entusiasmo de órden suprema, sobre todo, cuando allí se habian aglomerado las tropas suficientes para formar la valla y la columna de honor. El pueblo siempre concurre con curiosidad á aquellos actos, y no falta un sacristan que eche al vuelo las campanas, y encienda el altar para el *Te-Deum*, por mas que el clero se negaba á tomar parte en aquel asunto en el que iba á haber sangre. Pero esto no es el entusiasmo en toda su espontaneidad.

Recuérdese sobre todo, que la mayoría de la poblacion de Querétaro, es enteramente clerical, y no podia por tanto recibir con aplauso al rey excomulgado, por haber pues-

to en todo su vigor las leyes de reforma. Allí no se olvidaba como habia tratado al clero en su primer viaje, y como habia conminado al obispo Gárate para que fuera á su diócesis.

Esto explica por qué desde el principio tuvo en Querétaro muy pocos partidarios el imperio, y estos estaban en aquellos momentos bastante recelosos del resultado de la campaña: allí se podia ver ya con mas claridad que en medio de las pompas de la corte.

Lleguemos á Querétaro juntamente con el archiduque.

---

La alta mesa de la República va descendiendo lentamente conforme se avanza al Oeste.

Desde la altura de Arroyozarco, el declive va siendo mas pronunciado, y violentamente la montaña se rompe casi á pico, levantando su flanco erizado de abismos sobre un valle fuertemente accidentado, rocalloso, vestido de una vegetacion tropical, y regado por aguas purísimas que descenden por su pendiente desde los cerros inmediatos.

En el último plano inclinado de aquella série de montañas, está recostada la ciudad.

Querétaro, con sus infinitos templos agrupados en primoroso desórden, con sus edificios y sus cúpulas bizantinas, destacándose entre sus árboles siempre verdes, parece una ciudad árabe al viajero que la contempla desde su Cuesta China.

Su admirable acueducto romano, conforme se descende el zig-zag del camino, parece unas veces que ciñe á la ciudad como un cinturon de encaje, y otras se asemeja á una estola de punto que la indolente sultana hubiera dejado tendida en el suelo.

La perspectiva es sorprendente. Sobre aquella arquería, sobre aquellos templos, unos góticos, otros con sus campa-